

BOLETÍN MENSUAL DEL SANATORIO QUIRÚRGICO DE ALMAGRO

DIRECTOR: HUBERTO DOMINGUEZ LOPEZ, ESPECIALISTA EN ENFERMEDADES DE LAS VIAS URINARIAS

La correspondencia al Director | Este BOLETIN se reparte gratis entre la clase médica. | VISADO por la CENSURA.

MI TALISMAN

Jenofonte, discípulo de Aristóteles, refiere que había oído decir a su maestro en más de una ocasión, que tenía un *genio* que le orientaba y aconsejaba en todos aquellos momentos de su vida, en que sentía vacilación. Tácito hace referencia de una visión que acompañó y orientó en ciertos actos a Curtius Rufus. Juana de Arco, fué inspirada en alguna ocasión por ciertas visiones de naturaleza subjetiva. Y buscando en la historia de la humanidad, es indudable que se encontrarían multiplicados una porción de hechos de ésta naturaleza.

Esto demuestra que la mayoría de los seres humanos, tenemos o sentimos un *algo* en quien confiar nuestras decisiones, un invisible *guía* de nuestros pasos, un *motivo* que justifique nuestras acciones, una *razón* para obrar. Estaremos o no equivocados; pero es lo cierto que procedemos siempre con sujeción a un determinado estímulo.

Yo sin ser Aristóteles ni muchísimo menos, tengo también mi *guía*, mi *motivo*, mi *superstición* si ustedes quieren, mi *talismán*. Cuando se discute mi actuación como Médico, están la mayoría conformes en que me perjudica atrozmente el *mal genio* que suelo tener con mis clientes. «Si tuviera otro *genio*... dicen muchos... Y precisamente ese *mal genio*, es mi *guía*, mi *talismán*, mi *faro salvador*. De igual modo que el galápago tiene para defenderse su concha, y el calamar se defiende con su tinta y el erizo haciéndose un ovillo y presentando sus espinas, yo me defiende con mi *mal genio*, en cuyo adecuado y oportuno uso, tengo la inmodestia de considerarme una verdadera especialidad.

No soy ambicioso, y tal vez por esto, me encuentro en inmejorables condiciones para juzgar con serenidad, lo que pudiéramos llamar la parte comercial de la vida, la forma de adquirir recursos con que atender a nuestras más prosaicas necesidades; habiéndome convencido de que lo que en Medicina proporciona más honra, más provecho y más descanso, es, saber seleccionar la clientela.

Una clientela de sentido común, es el momio mayor que puede disfrutar un Médico. Una dilatada práctica en esta materia, me autoriza a hacer tan rotunda afirmación.

Y para esto precisamente es para lo que utilizo mi *mal genio*. Un *mal genio sabiamente administrado*, es muchísimo más importante y desde luego de mucha mayor utilidad en la vida, que la *buena administración* de una sordera. Como hombre práctico en ambas cuestiones, puedo hablar con la seguridad que lo hago. La clientela inculta, záfia, gazmoña, pedante, parlanchina, ineducada, por muy caro que pague nuestros servicios, jamás podrá hacernos medrar con los ingresos que nos proporcione, tanto por su inconstancia, como por la intranquilidad en que constantemente nos tiene, como porque con ella son absolutamente imposible los éxitos profesionales, por ser ellos los médicos en vez de serlo nosotros, y después de hacer con los enfermos *lo que les da la gana*, si sanan, dicen que fué porque *no hicieron nada de lo que habíamos mandado*, y si mueren, vociferan por todas partes que *los hemos matado*.

Para librarme de esta peste social, es por lo que, apenas me doy cuenta que estoy asistiendo a una familia sin sentido común, tiro del Cristo como vulgarmente se dice y me meto hasta con el gato. Y así

evito que vuelvan a llamarme otra vez. Si los Médicos tuviéramos libertad para elegir clientela, me negaría sencillamente a asistir a quien no considerase merecedor de mi asistencia, pero como ésta libertad, aunque real, es muy limitada, he tenido que discurrir este procedimiento eliminatorio con el que me va perfectísimamente, y el cual no hay ya peligro alguno en divulgar, por tener hecha la selección de modo definitivo.

Pues esto que con la clientela me sucede, tiene mucho parecido con lo que me ocurre con mis escritos de prensa y en general, con cuanto se relaciona con mi actuación societaria profesional. En este punto es también muy frecuente oír: «Lo que dice y escribe, es verdad, pero lo dice de una manera...» Y es también verdad. Lo digo como es, dando a cada cosa su nombre, llamando al pan, pan y al vino, vino y negocio concluido.

Obrando de este modo quedo al abrigo de verme obligado a ser cómplice de un porción de hipocresías, porque no hay organismo, asociación ni entidad profesional alguna, que se atreva a contar conmigo para nada. Así me evito encontrarme en la dolorosa necesidad de decir a algunos en su propia cara lo que son: o pasar por tonto o por idiota, si al oír ciertas cosas guardo silencio.

Y si no, vamos a ver. ¿No hemos leído todos alguna vez con asombro, abogar porque sean desterrados hasta del pensamiento las zancadillas premeditadas, a aquellos mismos que a premeditadas e impudicas zancadillas deben los puestos que ocupan? ¿No oímos predicar la conveniencia de la disciplina y buena fe, a quienes con manifiesta mala fe se indisciplinaron para escalar un cargo? ¿No presenciemos constantemente el hecho de